

# Presentación

Marie-Odile Marion

Los artículos que componen este número fueron en su mayoría presentados y discutidos en el transcurso del Segundo Coloquio de Antropología Simbólica, que se llevó a cabo en marzo de 1997 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Convocados por los profesores de la Línea de Investigación en Antropología Simbólica, especialistas de diversas disciplinas se reunieron a lo largo de una semana en cinco mesas de trabajo con el fin de discutir sus propuestas, presentar sus avances, exponer sus métodos de estudio y reflexionar colectivamente sobre las nuevas perspectivas ofrecidas por el análisis de los sistemas simbólicos.

Se complementa el dossier de este número con tres textos seleccionados por la pertinencia de su enfoque y la originalidad del tema abordado. En síntesis, se trata de un esfuerzo coordinado de antropólogos, etnohistoriadores, arqueólogos y etnólogos, para enriquecer la discusión en cuanto a los nuevos campos de estudio abordados por la antropología simbólica en los últimos años y confrontar sus propuestas en torno al manejo de herramientas afines o bien específicas de las distintas especialidades.

El objetivo central de este documento es demostrar que, a pesar de la gran variedad temática de los estudios que lo integran, y más allá de los recursos metodológicos usados, existe un vínculo estrecho entre todos estos ensayos: la existencia de modelos compartidos de expresión, interpretación y organización de la realidad social.

A través de la construcción de la cotidianidad urbana o rural, indígena o mestiza; mediante el uso de los espacios festivos rituales y religiosos, en culturas tradicionales o modernas; dentro de los modelos de socialización educativa de las nuevas generaciones; en la visión del mundo, de la naturaleza y del

cosmos de las sociedades pasadas o presentes aparecen, constantes y nítidos, los esfuerzos hechos por los hombres para dar una lógica implacable a sus formas de vida colectiva; para justificarlas con los códigos ilustrativos de su forma de pensar, para moldear su acción colectiva dentro de un marco de representación donde anida la ideología y aflora la cosmovisión.

Como muy acertadamente lo subrayó Maurice Godelier a lo largo de su obra, los hombres no sólo viven en sociedades, sino que producen sociedades para vivir, y en este proceso constante de producción de sus propias condiciones de vida social, hacen de la realidad una imagen de su pensamiento, un reflejo de su forma muy peculiar de concebir al mundo. La construcción del entorno y de los medios necesarios para poderlo ordenar, dominar, gestionar y reproducir conlleva implícitamente un fenómeno de simbolización, que hace de la realidad el reflejo pensado y ordenado del mundo por medio del pensamiento. En este sentido el universo social y material da cuenta de una realidad idealizada por los hombres que arranca de la producción del imaginario colectivo para dar forma coherente y lógica al espacio donde florecerán las elaboraciones más sofisticadas de su sistema de representación.

Este esfuerzo perenne de construcción de la realidad está fuertemente influido—e incluso determinado en las culturas tradicionales—por la cosmovisión que estructura, organiza y ordena las categorías de la praxis humana. Fuera de este espacio organizador, todo acto humano, cualquier conducta social, decisión individual o iniciativa colectiva resulta ilógica y carece de sustento interpretativo. Para entenderse a sí mismos y legitimar sus formas de interpretación social, los hombres han diseñado modelos conceptuales que se nutren de los principales ejes de su cosmovisión: así, las categorías de la naturaleza y las formas de actuar sobre ellas, los seres de la sobrenaturaleza y sus relaciones con la sociedad de los hombres, las instituciones de la vida social y las normas que definen su buena aplicación tienen todas en común un sustrato ideológico (es decir una lógica de las ideas), que parte de un modelo conceptual básico, el cosmogónico.

Pretendimos construir este documento partiendo de esa hipótesis teórica, es decir, que detrás de toda manifestación social existe una lógica simbólica, una idealización de la praxis en términos culturales que da razón de los hechos, explicando los esfuerzos, a veces desmesurados, realizados por los hombres para dar coherencia y legitimidad a su universo; y que el sentido último de tantos esfuerzos es reconstruir a diario las categorías básicas de su cosmovisión.

Dicha característica no es privativa de las sociedades llamadas tradicionales, aunque hayan sido privilegiadas por este tipo de estudio, sino que invade los espacios urbanos de las sociedades «complejas» o bien «modernas», atraviesa las sociedades y culturas en proceso de cambio e incluso proporciona los recursos necesarios para que esos cambios surjan sin alterar irremediablemente el funcionamiento interno de las mismas en su mecanismo de articulación con otras formas socio culturales dominantes.

A la vez versátil y perenne, dúctil y estable, la lógica simbólica que sostiene el conjunto de expresiones y de producciones sociales se inscribe en todas las manifestaciones de la actividad humana, justificando la praxis y legitimando las ideas.

Mediante este trabajo colectivo pretendemos brindar una exposición objetiva de los múltiples ejemplos ofrecidos por el análisis de las culturas mexicanas a lo largo de su historia. Por ello se seleccionaron estudios realizados en contextos históricos desde el pasado precolombino hasta la era de la globalización, en sociedades indígenas, mestizas y urbanas, recorriendo el espacio mesoamericano, desde la península yucateca, pasando por las selvas tropicales y el altiplano central, hasta las tierras septentrionales del México árido.

El documento fue organizado en tres grandes capítulos en los cuales resaltan los aspectos característicos de los sistemas cosmológicos y de las lógicas simbólicas.

En el primer capítulo se plantea una reflexión sobre los tiempos y espacios simbólicos expresados en sociedades antiguas y modernas.

Los cuatro artículos que lo integran tienen un denominador común: la imprescindibilidad de la construcción de categorías rituales, para poder enmarcar los conceptos básicos de las filosofías del tiempo y de la condición humana.

Tanto los lacandones, analizados por Marie-Odile Marion, como los tzotziles estudiados por Jacorzynski y López Hernández recurren al orden del cosmos, a las categorías de la naturaleza, y a formas específicas de organización social para elaborar una filosofía del tiempo que explique la presencia del hombre en la tierra, su desaparición y reaparición a lo largo de la historia cósmica, sus formas de organizar y transformar la naturaleza, partiendo de procedimientos culturales específicos: ambos estudios subrayan la existencia de sistemas taxonómicos, clasificatorios y terminológicos precisos, ajustables a los requerimientos de la sociedad que los concibió. Condición de sobrevivencia del hombre, de su sociedad, de la naturaleza y de la cultura que le da sentido, esa filosofía peculiar del mundo maya se

ejerce mediante el recurso implícito a la cosmovisión y conforma a su vez el andamiaje ideológico e intelectual requerido por esas sociedades para poderse reproducir y florecer.

Yolotl González e Isabel Lagarriga realizan un análisis original del uso del ritual religioso como forma de reproducción del poder y del orden social. Aunque ambos estudios se inscriben en contextos históricos y sociales distintos (los mexicas antes de la conquista hispana y las clases populares urbanas del México contemporáneo), demuestran que en los dos casos analizados, la reproducción de la sociedad tenía que ser sostenida por una práctica religiosa altamente ritualizada, de donde emergen las categorías fundamentales de oposición que se desprenden de la cosmovisión mexica por un lado y del orden social institucionalizado por medio de la religión, por el otro.

Inmersas dentro de esas categorías rituales, están las condiciones de sobrevivencia de la sociedad: cósmicas entre los mexicas, religiosas entre los espiritualistas trinitarios. Pero en ambos casos la simbolización de la práctica pone de relieve la institucionalización del poder y la interiorización por parte de los protagonistas de la lógica que lo legitima.

El segundo capítulo, centrado en la arqueoastronomía mesoamericana nos lleva a lo largo del territorio mexicano, desde el sitio septentrional de Paquimé en el estado de Chihuahua, hasta la hermosa ciudad tropical de Bonampak en Chiapas, pasando por sitios mexicas de la cuenca de México, en un vertiginoso viaje a través de la rutas del cosmos, y por los mapas interpretativos que de él hicieron los antiguos mexicanos.

En esos tres trabajos resalta de nuevo, central y casi obsesivo, el lugar ocupado por el cosmos en el ordenamiento del universo espacial y temporal de las sociedades antiguas. Partiendo del análisis del Montículo de la Cruz de Paquimé, Ben Brown demuestra que toda la organización socio-territorial de la cultura de Casas Grandes se desprendió de una observación meticulosa de los astros, de su localización y de sus movimientos, y que dichos resultados fundamentaron el establecimiento de calendarios que dieron sentido a las actividades rituales y materiales de los pobladores de la región. Conclusiones similares arroja el estudio de Francisco Rivas en el altiplano central mexicano, quien parte de la interpretación de petroglifos para plantear la existencia de sistemas de interpretación basados en la utilización de los marcadores astrales. La lógica simbólica de dichos sistemas cosmogónicos era compartida por una gran variedad de sociedades históricas, y funcionaba también como vínculo coherente de comunicación intercultural.

Los marcadores de Paquimé y los petroglifos de la cuenca de México dejan lugar a la glífica maya de los murales de Bonampak en el hermoso texto de Alfonso Arellano, quien vincula a su vez el análisis interpretativo de las inscripciones simbólicas de corte astronómico con la lógica del poder dinástico y de la organización social en la época clásica.

La ideología del poder y del orden social se encuentra de nuevo estrechamente asociada con la lógica y el orden del cosmos, enfatizando la relación orgánica tejida por la sociedad entre sus instituciones y la estructura de su cosmovisión.

Después de este ilustrativo recorrido por el pensamiento mexicano antiguo, el tercer capítulo devuelve al lector a la realidad de su contemporaneidad, e incluso a la percepción de su cotidianidad. En el apartado sobre ideología y poder, se retoman los principales ejes de análisis usados en los capítulos y apartados anteriores, llevándolos a campos hasta ahora poco analizados por la antropología simbólica.

Nancy Villanueva propone una reflexión en torno a la «ideología docente», es decir al proceso mediante el cual se moldea a los niños pequeños en los espacios de socialización preescolar, cómo se les impone nuevos referentes conductuales, se les inculca valores quizás totalmente nuevos (y más tratándose de niños indígenas), cómo mediante el juego y la práctica escolar se les presenta una cierta concepción del poder, de la autoridad y del orden, fundamentando la legitimidad de los mismos de forma arbitraria pero muy eficaz. Ante tal imposición los niños realizan el proceso de simbolización del orden social, mediante las categorías que la práctica docente ha creado a tal efecto.

Rodolfo Coronado a su vez estudia los procesos de adquisición de nuevos códigos interpretativos generados por las mujeres migrantes de Chihuahua y Ciudad Juárez, quienes se ven insertas en nuevos espacios sociales y tiempos laborales, por su misma condición de trabajadoras migrantes. Obligadas a reformular sus formas de interacción con la sociedad y la familia, a promover el establecimiento de nuevas relaciones de parentesco, a modificar sus actividades, horarios, formas de vida e incluso su estatuto y la imagen que tenían de ellas mismas en las sociedades rurales de donde provienen, realizan un lento y arduo trabajo de reinterpretación del espacio en el que se mueven, de las responsabilidades que les incumben, del tiempo social e individual con base en su nuevo compromiso laboral. Realizan todo un trabajo de «resimbolización», pero partiendo siempre de los modelos culturales que siguen sosteniendo la lógica de su interacción y reproducción en

la sociedad nueva que han elegido construir con su participación en la economía informal.

Los dos últimos trabajos analizan el campo religioso mexicano, partiendo de una doble perspectiva histórica y sociopolítica. En ambos ensayos se perciben los tremendos cambios por los que han atravesado las iglesias y grupos religiosos vinculados con el catolicismo y el evangelismo en el transcurso de las últimas décadas.

El artículo de Elio Masferrer, centrado en la progresiva «politización» de los grupos evangélicos, subraya la existencia de un discurso ideológico fuertemente estructurado sobre la búsqueda de alternativas políticas viables para acceder a espacios de control del poder. Detrás de esos discursos religiosos altamente socializantes se esconde el manejo ideológico de un aparato simbólico que finca en el espacio religioso la legitimidad de sus métodos de coacción y de control social.

El estudio de Andrés García Méndez retoma estos planteamientos, pero los analiza a la luz de la cultura religiosa de los choles y tzeltales de la selva lacandona. En el contexto de la guerra zapatista y del fanatismo religioso y político que dicho conflicto promovió, la actitud de los indígenas confrontados con la constante asociación de credo religioso y postura política permite explicar la pretendida pasividad de los no católicos y la movilización de los demás en nombre de su supuesta simpatía hacia el movimiento zapatista.

La asimilación de la participación política a la adscripción religiosa genera toda una serie de interpretaciones y formas de identidad que se expresan en los discursos religiosos promotores de la movilización o portavoces de mensajes con fuertes cargas ideológicas antizapatistas.

A pesar de la diversidad de su temática, del contexto histórico, social o cultural en el que se enmarcan, a pesar también de ofrecer perspectivas distintas en cuanto al análisis de las formas de representación de las sociedades sobre las que se centran, todos esos estudios se asemejan mediante el objetivo que comparten: demostrar que la lógica del orden cultural descansa en la construcción de una realidad ideal, en donde la cosmovisión es a la vez estructura, eje transversal y clave de acceso.